

AFRICANOS

MARÍA JESÚS MERINERO

“(...) No es obligatorio definir la paz por lo que “no es”; también se la puede definir por lo que efectivamente “es”. La paz es, por ejemplo, el consentimiento (y hasta la comprensión) de las contradicciones y, en consecuencia, la aceptación de la “otredad”, esa índole de lo que piensa, siente y es el otro. Cada ser humano es él mismo, y también es “otro”; es otro cuando se le juzga, se le aprecia o se le mide desde un punto de vista ajeno. La admisión de la cualidad o el carácter del “otro” no implica la automática aceptación de lo que ese otro es, piensa o siente, sino la mera admisión del derecho que tiene a ser “otro”. Es precisamente la negación de ese derecho lo que lleva al conflicto y, en el caso de las naciones, a la guerra.(...)”

MARIO BENEDETTI. *“La paz o la aceptación del otro”*
en *El País*, 5 octubre de 1986.

Hablar sobre los africanos¹ en una sociedad excesivamente ocupada en consumir, y de una gran tibieza ideológica, no es tarea fácil; y mucho menos lo es para quien, como yo, no es una experta en el tema sino alguien interesado en el conocimiento del mundo en el que vive y por tanto en el reconocimiento, que pasa irremediabilmente por el conocimiento, de los otros, en este caso de los africanos.

Aprovecharé, por tanto, las reflexiones que sobre Africa y los africanos han hecho no sólo especialistas en el tema, sino estudiosos de diferentes aspectos del mundo africano, que conocen, quieren y están esencialmente comprometidos desde su posición socio- profesional, con ellos. Y, como no, las de los amigos africanos, que aportan también sus esfuerzos para que conozcamos mejor sus realidades. Es, por tanto, a los autores que se irán citando a lo largo del trabajo, a quienes, por una parte, se debe este pequeño esbozo, y por otra, a quienes van dirigidas mis disculpas por utilizar, no se si siempre con demasiado acierto, sus aportaciones, pero sin atisbo de duda, en todo momento, bienintencionadamente.

El objetivo de estas páginas no es resolver ninguno de los problemas que en ellas se plantean, sino ofrecer sugerencias para el estudio, conocimiento y reflexión sobre la realidad africana, y nuestras relaciones con ella, convencida de que será el primer paso para evitar actitudes excluyentes, intolerantes o discriminatorias, cuando no irrisorias por su necia altanería, respecto a otros hombres, y que tendrían su origen en la ignorancia y el desconocimiento.

¹ El texto responde a una sugerencia que me llega desde “Jóvenes contra la intolerancia”, por lo que su intención es esencialmente divulgativa.

Desde hace unos años, no muchos, y sobre todo en un tiempo corto, de meses o apenas unos años, los medios de comunicación han empezado a encontrar en los problemas africanos un panal de noticias que permiten, en ocasiones, cubrir los permanentes espacios de opinión, de forma que todo el mundo afirma con rotundidad sobre realidades que desconoce.

Y es que, en demasiadas ocasiones, los temas esenciales que estos medios plantean no tienen como objetivo la información sobre la realidad africana, sino la confrontación de opiniones "blancas" sobre algunos aspectos de la vida de los hombres de ese gran continente que afectan a los europeos. De forma que es difícil encontrar noticias sobre África, más allá de las concernientes a algunos manoseados, pero poco aclarados, temas: la inmigración africana, las catástrofes más recientes y el radicalismo islámico.

1. DIFICULTADES PARA EL CONOCIMIENTO DE ÁFRICA

Durante mucho tiempo, mitos y prejuicios de toda clase han ocultado al mundo la historia real de África. Las sociedades africanas eran tenidas por sociedades que no podían tener historia. Pese a los importantes trabajos realizados desde los primeros decenios de este siglo, buen número de especialistas no africanos sostenían que esas sociedades no podían ser objeto de estudio científico, principalmente por falta de fuentes y de documentos escritos (Mahtar M'Bow, A., 1987). En realidad, se rehusaba ver en África al creador de culturas originales que se han desarrollado y perpetuado, a través de los siglos, por unos caminos que le son propios y que el historiador no puede, por tanto, comprender sin renunciar a ciertos prejuicios y sin renovar su método.

Partiendo de las reflexiones del Profesor Iniesta, (Iniesta, F. 1992), se puede afirmar que el tratamiento de África se ha llevado a cabo, en muchas ocasiones, desde la perspectiva eurocéntrica, es decir, desde los parámetros y la superioridad de los europeos, lo que ha desembocado en una falsificación de la historia africana por la Europa hegemónica. En otras ocasiones, en las menos, se ha optado por la crítica al eurocentrismo y la adhesión al etnocentrismo negro, de tal forma que el africano aparece así como el buen salvaje, pero no se llega a captar la complejidad y realidad del africano, complejo, tolerante, pero también agresivo, distinto pero semejante, tanto en el pasado como en el presente.

Durante 20 años los intelectuales tercermundistas han investigado el presente africano y sus posibilidades futuras. Lo han hecho con fuerza y con voluntad clara de ayudar a los países africanos a salir de su situación global de dependencia conocida como neocolonialismo. Sin embargo, en estos autores la sociedad africana, el Otro, siguió siendo un instrumento para la aplicación de un determinado proyecto político cuyas bases occidentales se habían afirmado como universales. Algunos, tras el fracaso reiterado y espectacular de las soluciones habituales en Occidente, han dado un vuelco de 180 grados, afirmando ahora, contra toda evidencia, que los modelos africanos aportarán la solución futura para las sociedades del norte.

El inconveniente de todas estas posiciones - y hay que reconocer que son las más favorables a África - es que siguen siendo instrumentales, que siguen sin sumergirse en la densa historicidad que peculiariza las culturas africanas.

El primer esfuerzo para el conocimiento del Otro africano debiera ser, por una vez, escuchar y leer lo que plantean intelectuales de esa sociedad; lo hacen con términos e incluso lenguas aprendidas en universidades occidentales, pero sus vivencias producen en sí mismas conceptos diversos a los nuestros.

Liberar a África del círculo estéril de tópicos y utopías (Iniesta, F. 1992) que constituyen nuestro imaginario colectivo es mucho más que un ejercicio teórico: puede y debe ser una invitación a meditar sobre nuestra propia sociedad y sus relaciones con las otras. Además de la apa-

sionante aventura intelectual del descubrimiento del Otro, la aproximación a la realidad histórica africana favorecerá la aparición de sectores sociales con mayor sensibilidad para lo ajeno que lo que nos ha caracterizado en el pasado.

Conocer y aprender de las sociedades africanas pondrá fin al prejuicio como punto de partida de toda reflexión. Habrá que habituarse a analizar y estudiar África a través de sus propios parámetros históricos y a ser críticos hacia los "a priori" de las escuelas occidentales.

2. PERCEPCIÓN DE LOS PUEBLOS AFRICANOS

Debemos partir de la existencia de un doble espacio cultural africano, el magrebí, y el subsahariano. Cada uno de ellos, y derivado de nuestras relaciones históricas, es percibido por los españoles de forma diferente.

El profesor Jover (Jover, J.M.; 1986) señalaba que existe una conciencia histórica, una manera especial de percibir, de forjar los pueblos unas imágenes de sus vecinos y que transcienden las clases sociales y los niveles culturales, actuando como "decantación de una experiencia histórica prolongada" en procesos de larga duración. Y que entre las imágenes o clichés que los españoles se han forjado, se encuentra en primer lugar, el mito de la grandeza pretérita de España; y en segundo lugar, la noción de la Península como mundo aparte, lo que justificará de una parte la coartada del aislacionismo; y por último, la polarización en el Sur del concepto de "frontera", identificada como fuente de peligros y amenazas. De todas las actitudes, motivaciones y formas de percepción presentes en la sociedad española "como sedimento de una larga experiencia histórica", señala Jover, la más intensamente socializada en la conciencia de los españoles sigue siendo el viejo antagonismo "hispano-moro".

Pero si los dos primeros estereotipos entran en crisis entre los años 30 y 50 de este siglo, conforme se asume, de un lado, la exigua realidad de nuestro papel internacional y se supera, de otro, el aislamiento tras la alianza con los Estados Unidos en 1953, el tercer estereotipo - el Sur como amenaza - va a reforzarse y a confirmar su vigor en el imaginario colectivo, sobre todo a partir del ingreso de España en la CE. (Fisas, V. 1993).

De hecho, nuestro europeísmo nos ha hecho desembocar en una situación que lleva, como continuaba señalando Jover, "a prestar una "atención obsesiva" a un condicionamiento histórico de arraigada vigencia, por otra parte, en nuestra historia nacional: la seguridad de una frontera meridional haría más abierta, internacionalmente frecuentada y proclive al conflicto que la frontera norte". Nuestro ingreso en la CE y la dinámica de aproximación económica al estilo de vida de la CE han atraído a la población inmigrante (López García, B; 1993) y con ella se ha producido un nuevo "retorno del moro" con la reinención por nuestra opinión pública de la "inseguridad de la frontera meridional".

La imagen que se tiene del magrebí en España se ha ido formando a lo largo del tiempo hasta llegar al día de hoy; y a lo largo de tres etapas fundamentales (Dezcallar, J.; 1993): La primera se desarrolla durante los siglos de la invasión musulmana de la península y termina con la expulsión de los moriscos en 1609; en la segunda son los españoles los que cruzan el Estrecho y se establecen por diversas razones en el norte de África; la tercera, la actual, asiste a una nueva emigración, esta vez de los magrebíes, ávidos de trabajo en el seno de la CE, hacia el Norte. Se trata de una emigración que tiene sus orígenes principales en la demografía y en la economía.

Lo innegable es que en el plano de la *percepción popular, la imagen del magrebí* - en particular del marroquí - aparece mediatizada no sólo por los clichés heredados hasta la fecha sino también, por el *doble problema de la inmigración y del fundamentalismo islámico*. No son fenómenos desconectados entre sí, ya que ambos tienen como raíz profunda el malestar social producido por la ineficacia de las fórmulas políticas y económicas importadas de Occidente.

De otra parte, la imagen del africano subsahariano tiene otras connotaciones, derivada de nuestro escaso contacto histórico con ellos.

Los medios de comunicación nos presentan siempre el continente africano con características negativas. Y esto es debido a que los medios de información no tienen instrumentos adecuados y necesarios para profundizar sus conclusiones. Pero, *sin duda, se sabe bien que Africa, por no tener la primacía en la información, no sabe defenderse* (M´bokolo, E.; 1993). Se habla de ella sólo cuando hay problemas. Todo el mundo está informado de la guerra en Somalia y de la de Ruanda, de los conflictos de Angola o de las dificultades de la vida cotidiana en Etiopía, de la crisis de la economía y el sida.

M´ Bokolo, presenta un ejemplo de esta imagen de Africa al referir cómo un alto funcionario francés, en 1991, escribía un artículo en “Le Monde” diciendo que si Africa desapareciera hoy de la superficie de la tierra, nadie perdería porque en el comercio internacional, y en la producción cultural internacional, Africa no cuenta. Sin embargo, como africano afirma tener un sentimiento contrario. Otros muchos ejemplos (Dezcallar, J.; 1993) muestran la falta de atención que muestra el mundo desarrollado a los grandes problemas a los que se enfrenta Africa, como el que en un mapamundi publicado por “The Economist”, donde el tamaño de los continentes estaba en función de las noticias que generaban en los medios de comunicación, *Africa negra simplemente no existía*. En la misma línea, Ives Lacoste omite a Africa de los tres círculos culturales en que centra la creación filosófica actual: el cristiano occidental, el araboislámico y el de Extremo Oriente.

Y Mbuyi Kabunda (Kabunda, M.: 1993) denuncia los prejuicios producidos por la imposición de la civilización occidental a las *sociedades africanas, consideradas como sociedades sin historia y sin cultura*.

Hace ya muchos siglos que Europa percibe *Africa como el continente de la inmovilidad*² aunque los hechos sean muy distintos de semejante percepción, la imagen de parálisis cultural africana ha ido ganando predicamento con el tiempo. En épocas recientes el conocimiento del discurso africano sobre la eternidad de la tradición ha permitido consolidar la idea de culturas inmóviles en una naturaleza reiterativa. *El negro ha sido descrito* incluso por algunos teóricos africanos *como sede de la emoción y ajeno a la razón operativa y transformadora*. También se ha resaltado el vitalismo optimista de ese individuo sólidamente arropado por estructuras colectivas que han amortiguado buen número de conflictos sociales

Durante el periodo colonial se fueron consolidando en Europa muchas de las imágenes inconscientes que ya la Edad Media cristiana había ido forjando. *Africa, y en particular la habitada por negros subsaharianos, eran el no - lugar*, la zona de la tierra en la cual todo era posible, y de improbable comprobación. El comercio esclavista facilitó datos concretos sobre Africa que, no obstante, jamás anularon el halo de exotismo y misterio con que la fabulación occidental había ido construyendo el mundo africano. La actividad catalogadora de las administraciones coloniales, su relativa eficiencia en milimetrar el territorio y clasificar poblaciones y comportamientos, transformó en cierto modo al salvaje en un incapaz, y la realidad colonial era su mejor confirmación. Delafosse, por ejemplo, acuñó la expresión hoy consagrada de que los *africanos son niños grandes*. A medida que el contacto entre Occidente y Africa se hacía más estrecho, la peyoración del salvaje crecía. Quizás la aplastante supremacía colonial, que había hundido las fronteras, fuera la causa de ese proceso de negativización. Pero la lucha por la independencia planteó por parte de la nueva intelligentsia africana una reformulación de los conceptos y un giro en las valoraciones hechas por la antropología o la historia coloniales. Las publicaciones científicas dejaron de titularse “El descubrimiento de Africa” y tomaron formas

² Las siguientes notas sobre la imagen del Africa negra están tomadas de Iniesta, F.: *El planeta negro*. Op. cit.

innovadoras. Muchos empezaron a interesarse por la antigua Africa, un territorio cuyas sociedades habían sido menospreciadas de antemano y, por ello, ignoradas en su profunda riqueza. No se trataba ya de descubrir, sino de recuperar un conocimiento del pasado erosionado por la acción colonial bajo una máscara científica. A raíz de la proclamación de las independencias, a lo largo de los años sesenta, las obras sobre Africa se multiplicaron. El impulso alcanzó incluso a una parte de la siguiente década. Luego, la crisis manifiesta de las sociedades del mal llamado tercer mundo y el fortalecimiento económico e ideológico de las sociedades utilitarias han ido dando al traste con aquellos tímidos esfuerzos de 20 años atrás.

Para abandonar falsas imágenes sobre Africa, y específicos comportamientos con los africanos, la invitación que en el artículo citado propone el profesor Kabunda (Kabunda, M.; 1993) nos parece muy oportuna: Los “nuevos” europeos y los “nuevos” africanos han de adoptar una nueva cultura de igualdad, que va a consistir para los primeros en enriquecerse de los modos de pensamiento africanos; y para los segundos en recuperar la autoconfianza basada en su propia identidad y en conciliar los valores propios y los adquiridos. Todos hemos de caminar hacia un mestizaje cultural, “la civilización del dar y del recibir”.

3. REALIDADES SOCIO-ECONÓMICAS

Todavía hoy, incluso en palabras del general nigeriano Obasanjo, se oye “Africa se ha convertido en el tercer mundo del tercer mundo”. Y es cierto que asistimos a un proceso de marginalización progresiva del continente, en un mundo que tiene hoy otras prioridades. Como consecuencia, Africa se enfrenta hoy a grandes retos ante la ignorancia, cuando no la indiferencia, del primer mundo.

Los datos macroeconómicos (Dezcallar, J.: 1993) apoyan lo que se ha dado en llamar “afropesimismo”, que pone de relieve una restaurada realidad: la *población* africana, que en 1990 era de 495 millones de habitantes alcanzará los 668 millones en el año 2000, y 1229 millones en el 2.025. La *tasa de fecundidad* es prácticamente el doble de la mundial con un crecimiento (Cordelier, S. y Lapautre, C. (Coord.); 1992) entre 1990 y 2000 del 3,2 %, mientras que en Europa apenas alcanza el 1,4 %. La *esperanza media de vida* en Africa es de 51 años y en algunos países como Uganda o Guinea Ecuatorial esta expectativa se reduce a tan sólo 47 años por término medio. *El 25% de esta población está por debajo del umbral de pobreza*: el *PNB africano* es de 135.000 millones de dólares, más o menos que el de Bélgica, país de 10 millones de habitantes. Este PNB se calcula que crecerá un 3,5% entre 1990 y 2000, cuando para procurar una mejora de las condiciones de vida debería crecer un 5% y la natalidad bajar a un 2,7%. En el momento actual la renta media africana es de 340 dólares, inferior a la de 1960 en términos reales. Sólo 7 países tienen en Africa una renta per cápita superior a los mil dólares.

– La *deuda africana* se estima hoy en 165.000 millones de dólares, lo que equivale al 109,4 % del PNB y su servicio alcanza el 19,5 % de los ingresos por exportaciones. En 1980 la deuda externa ascendía a un 28,5% del PNB. Se ha multiplicado casi por 4 en tan sólo 10 años.

El descenso de los precios de ciertas materias primas (café, cacao, petróleo...) ha reducido en 50.000 millones de dólares los ingresos percibidos por el continente africano en los últimos 5 años, lo que se explica si se tiene en cuenta que el 75% de estos ingresos dependen de la exportación de unas pocas materias primas, en ocasiones en régimen de monocultivo. De hecho, ha descendido la participación africana en los intercambios internacionales de un 5% en 1970 a apenas un 1% en 1991.

Tampoco los datos relacionados con el *déficit alimentario* son estimulantes: hoy Africa produce tan sólo el 60% de los cereales que consume y se calcula que en el año 2000 sólo producirá un 50% de sus necesidades, que se agravarán todavía más por problemas de recolección, almacenaje y distribución. En 1993 el déficit africano de alimentos se estima en 6,5 millones de

Tm. lo que pondrá en grave *peligro de desnutrición a una cifra cercana a los 60 millones de personas*. Ya el año pasado la comunidad tuvo que intervenir donando 2,3 millones de Tm. de ayuda alimentaria de emergencia.

Y cuando Africa aparece en nuestros medios de comunicación se debe a la existencia de factores transnacionales que por su traumatismo nos afectan de un modo inmediato: así ocurre con los *problemas de medio ambiente*, como la deforestación (por cada tres árboles q. se arrancan se planta uno; la selva tropical descenderá en un 20% entre 1990 y 2000), o la desertización (el desierto del Sahara gana 1500 millones de Has por año; en 1990 tan sólo el 40% de la población africana tiene acceso a agua potable segura, etc)

También ocurre con los *problemas migratorios*, que ha conducido a que se haya doblado en 20 años la población urbana africana, siendo bien sabido que las ciudades son trampolines para emigrar al extranjero. Se calcula que entre 1990 y 2025, 5 millones de africanos emigrarán, haciéndolo 1,5 millones a América y 3,5 millones a Europa.

El tercero de los factores transnacionales, es *la enfermedad*: En el mundo hay 300 millones de personas afectadas por la malaria y el 90% de esta cifra se hallan en Africa, donde la enfermedad produce 1 millón de muertos al año. También los datos de Sida son espectaculares en su dramatismo. El 1 de marzo de 1990, la OMS hacia pública (Brouard, N.: 1992) la existencia de 222.740 casos de SIDA declarados en 153 países: 122.000 casos en los Estados Unidos, sobre 147.000 en el continente americano, 7.400 casos en Uganda, sobre 41.000 en el continente africano; 8.900 casos en Francia, sobre 32.000 en Europa; 2.173 casos en el Pacífico oeste; 308 casos en Oriente Medio y 84 en Asia del Sudeste. Es decir que los casos están irregularmente repartidos respecto a la población. En 1992 se estimó que había 1.367.000 afectados, que aumentarán a 3.272.000 en la proyección que hace la OMS para 1995. Según la cual, en el 2000 habrá en Africa 10 millones de huérfanos por el Sida, a lo largo de una circunferencia infernal que asola con especial virulencia a Uganda, Tanzania, Mozambique, Malawi, Zambia y Ruanda. Y lo que es peor es que los africanos no cuentan con medios ni instituciones socio-sanitarias que informen sobre la prevención y palien algunas de sus consecuencias.

Sin embargo no es todo negativo en Africa, donde, después de muchos años de dictaduras de todo tipo, empiezan a soplar vientos de libertad: el fin del enfrentamiento entre el Este y el Oeste se ha traducido en Africa en el fin del Sistema de Partido Unico, tanto de derechas como de izquierdas³ de tal forma que, *existe ya pluralismo político* en 30 de los 50 países de Africa Subsahariana, aunque con variable grado de perfección y siempre dentro del contexto impuesto por la realidad sociológica y cultural local

M'Bokolo (M'Bokolo, E.; 1993) resume la situación de la sociedad africana caracterizada por una **triple crisis de identidad**. Una, *en relación con los países del norte*. Una segunda, la crisis de identidad africana como tal, que es la *crisis del panafricanismo, la crisis de la unidad africana*⁴ (Kabunda, M.; 1993) que es una cosa de la que se habla mucho en los organismos subregionales. En tercer lugar, *la crisis de nacionalidad* heredada de la colonización y referida a los Estados actuales y la nacionalidad inherente a las unidades tradicionales y étnicas.

En relación con el desconcierto social, observamos actualmente un fenómeno interesante en las sociedades africanas que es la prevención del desconcierto individual y colectivo. Uno de los fenómenos más importantes del continente africano es la multiplicación de las redes de todo

³ Sobre este tema, la conferencia que don J. U. Martínez Carreras pronunció con el título "Africa en la actualidad: Reformas democráticas y problemas del subdesarrollo" en las *IIIª Jornadas de Estudios Africanos*. Cáceres, Facultad de Fª y Letras, abril, 1994.

⁴ No obstante, ante esta crisis surgen propuestas de integración, nuevas y esperanzadoras, como la que presenta el Dr. Kabunda Badi, M.: en su obra: *La integración africana. Problemas y perspectivas*. Madrid, AEI, 1993.

tipo, y sobre todo, las sectas religiosas. El *fenómeno religioso*⁵ se observa tanto en Africa animista como en la pagana e incluso musulmana. Este fenómeno es uno de los medios propios del continente africano, inventado por él, para superar ciertos problemas y dificultades, y dar respuesta al desconcierto que la crisis económica o las dificultades del avance democrático, plantean al conjunto de la colectividad y a cada uno de los individuos en particular.

4. COMPORTAMIENTOS ANTE EL AFRICANO

El comportamiento de los españoles ante el africano se deriva esencialmente de dos factores, íntimamente ligados entre sí: la imagen que se tiene del africano, y la percepción que se elabora a medida que se tiene conciencia del fenómeno de la inmigración africana en nuestro país.

Partimos de las aportaciones (Arias, I.: 1993) elaboradas tras el análisis basado en los datos que revelan tres recientes sondeos⁶ de opinión. Las opiniones recogidas en las tres encuestas muestran que *el grupo que suscita mayores reservas o prejuicios, es el árabe*. De entre los extranjeros es el único que evoca mayores antipatías en el muestreo del CIS y el que ocupa un porcentaje del 40,6% de prejuicios en el estudio de Buezas. El Incipe muestra que Marruecos y Argelia son, según los encuestados, los países con los que España debería incrementar menos su ayuda exterior. Los países del antiguo Este europeo ocupan un lugar preferente en las opiniones de los españoles, tras los iberoamericanos como receptores deseados de nuestra ayuda. Teniendo aquellas un nivel de desarrollo muy superior al de los vecinos del Sur, afectando claramente la estabilidad marroquí-argelina a nuestra seguridad, ¿no encubre esa prelación de preferencias la atávica antipatía de muchos españoles hacia el “moro”?

El segundo nivel de rechazo es el negro africano segundo nivel de dureza en las medidas a adoptar por el gobierno en el tema inmigratorio⁷. Parece que el racismo en España y en Europa llega a través de la inmigración. Los dos grupos que producen el mayor rechazo, árabes y negros, eran testimoniales en España hace veinte años y aún ahora no deben sumar más, entre legales e ilegales, de 250.000 personas. La encuesta del CIS descubría que uno de cada tres españoles estimaba que ya hay demasiados inmigrantes. Y estos inmigrantes son pobres.

La ignorancia y el miedo a la invasión de gente que no nos gusta y que no comprendemos, también pueden avanzar en nuestro país.

La rica Europa sigue siendo un polo de atracción para un sur desnutrido y con insuficientes posibilidades para su gente. España lo es también para los jóvenes marroquíes y argelinos, y por obvias razones que muchos españoles no quieren comprender:

⁵ La religión fue un arma usada por los africanos ya desde la época del colonialismo ante la desestructuración sufrida. Puede verse al respecto, Ranger, T.O.: “Resistencia e iniciativas africanas frente a la división y la conquista” en *Historia General de Africa*. Vol. VII. Madrid, Tecnos/ Unesco, 1991; pp. 69-80; y A. Adu Boahen; “Africa y el desafío colonial”, Op. cit; p. 27.

⁶ Los trabajos de Calvo Buezas: *El racismo que viene*. Madrid, Tecnos, 1990, contiene la encuesta realizada entre 1.100 profesores y 1.400 alumnos. El trabajo de A. de Miguel inserto en su obra *La sociedad española 1992-1993*. Madrid, Alianza, 1993, que no incluye el medio rural ni el sector de los jubilados, y parte de premisas tales como que el autoritarismo y la intolerancia se dan más en personas poco instruidas y que los jóvenes son más tolerantes que sus mayores, podría deducirse que la conclusión del estudio es más suave que la realidad, aunque esto no reste valor indicativo a la encuesta. Y el trabajo dirigido por del Campo, S. (Dir): *La opinión pública y la política exterior. Informe INCIPE, 1991*. Madrid, Tecnos-Incipe, 1991.

⁷ Baste repasar las diferentes quejas, debates y noticias sobre los efectos de la aplicación de la Ley de Extranjería.

a) Las diferencias económicas. Nuestra “renta per cápita” es de 13.000 dólares, la de Argelia, 2.300, y la de Marruecos, 900. Un argelino o un marroquí trabajando en faenas agrícolas en España ingresan 5 ó 6 veces lo que ganarían en su país.

b) La presión demográfica y el desequilibrio entre las dos orillas del estrecho. Nuestra tasa de natalidad es ridícula, y la argelina, del 3,6 %; y se calcula que un 70% de la población argelina tiene menos de 24 años. Y muchos de ellos parados. En el año 2000 los menores de 15 años representarán el 20% de la población de los países industrializados. En los países del sur representarán el 44% de la población.

c) La cercanía. Marruecos está a 15 Kms de las costas andaluzas, y Madrid es la capital más cercana a Argel por vía aérea.

d) El bombardeo televisivo, presentan un país con unas condiciones de vida muy distintas y muy atractivas.

Pero *este rechazo es selectivo* y se dirige sobre todo a aquellos inmigrantes que reúnen tres condiciones muy especiales: *escasez de medios económicos, desconocimiento del idioma español y pigmentación cutánea más oscura*. De modo que cuantos más requisitos se reúnen, mayores son las dificultades que encuentran estas personas para asimilarse.

Lo cierto es que la relación hispano - magrebí viene dictada por una larga y complicada historia donde la vecindad ha sido más un hecho geográfico que afectivo (López García, B.; 1992), aunque quizás fuera más exacto decir del español hacia el moro, pues da la sensación de que, aún con matices, la relación, vista desde el Sur, es de un amor no correspondido.

Esta relación multiseccular entre el magrebí y el español ha dado lugar a diversas formas de percibir al “moro” desde España, *alternándose el temor con la codicia, la ignorancia con el desprecio y la condescendencia paternalista con el recelo*, hasta llegar al momento actual, en que, con las espaldas ibéricas bien cubiertas por la CE, y la OTAN, despierta en el Magreb el fenómeno del fundamentalismo islámico que suscita al norte del Estrecho una reacción de incredulidad y, en definitiva, de temor ante lo que no se comprende pero que se presiente, acertadamente, como rechazo de los sistemas de valores que impregnan nuestra visión del mundo. Que esta sea en exceso etnocéntrica o no, es otro problema.

El profesor López García (1993) concluye que pese a la distancia con que la opinión pública traza una barrera por el Sur, marca una frontera de civilización que resalta las diferencias con el vecino meridional y a pesar de los múltiples contenciosos que separan a España con Marruecos - la inmigración sólo es un nuevo ingrediente a viejos problemas como Ceuta y Melilla, la pesca, los agrrios..., empieza a abrirse camino en el discurso oficial y de las élites la idea de la necesidad de crear un “espacio común” entre la Península Ibérica, o, mejor, entre la Europa del Sur y el norte de Africa.

En los “reencuentros intermitentes”, que por ahora no pasan de los discursos, se resalta lo que puede haber de puente entre los dos mundos y lo que puede permitir algún verdadero espacio común. Pero ello no podrá alcanzarse si no se borran del imaginario colectivo todos los prejuicios que separan, todos los tópicos que, desde la escuela, nos sitúan en una órbita “diferente” de nuestros vecinos del Sur y nos hacen negar el derecho y la posibilidad de ser igual a ese “moro” fatalmente marcado por ese nuevo fantasma que recorre el Occidente, el diabolizado Islam.

5. LOS DERECHOS HUMANOS DE INMIGRACIÓN Y COOPERACIÓN

Dos aspectos de las relaciones Euro-africanas conciernen particularmente a los derechos humanos, y se centran en las formas de abordar dos temas centrales: la inmigración y la cooperación.

6. LA INMIGRACIÓN AFRICANA

La inmigración africana a Europa, a escala internacional, se origina con los cambios sufridos por la economía mundial desde la década de los 80, las consecuencias de los Programas de Ajuste Estructural del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional en su política africana y el sometimiento de las poblaciones africanas a las fuertes presiones publicitarias procedentes del Norte.

A partir de la década de los 80, el dominio de las estructuras industriales agrícolas africanas por las grandes empresas agroindustriales, va a orientar la producción africana hacia el suministro de alimentos para el 15% de la población mundial, que dispone de un gran poder adquisitivo. Era la época de la "revolución verde" y de la mecanización agrícola por parte de las multinacionales, lo que fortalecerá la dependencia tecnológica de los países africanos. La consecuencia inmediata no fue sólo el deterioro del medio ambiente, sino la depauperación de los campesinos desposeídos, que se verán obligados al éxodo rural hacia las grandes ciudades, que servirán de trampolín para la emigración hacia Europa, con el objetivo de asegurar la supervivencia de los familiares que quedan en África. Las consecuencias socio- económicas de los planes de ajuste estructural han sido negativas en la mayor parte de los países. Por otra parte, la publicidad sobre los aspectos de la sociedad de consumo europea en las televisiones africanas y los anuncios publicitarios, crean cierto atractivo de Europa presentada como "paraíso terrenal".

Los factores internos de la emigración podrían reducirse a tres :

a) La desproporción existe entre el fuerte crecimiento demográfico y los recursos del continente. La tasa anual de crecimiento demográfico duplica la tasa de producción, lo que acarreará no sólo crisis de subsistencia estructurales, sino sus derivados como la prevalencia de la miseria, la promiscuidad, y la prostitución.

b) Las situaciones bélicas y de inseguridad generadas por las dictaduras políticas, en un buen número de países, es un segundo factor. Una forma traumática de emigración la constituye el alto porcentaje de desplazados por los conflictos bélicos, de tal forma que de los 15 millones de refugiados que hay en el mundo, casi 5 millones son africanos, procedentes de las guerras y de la desorganización de países como Sudán, Somalia, Angola, Ruanda, Burundi, Zaire y Etiopía, etc. De otra parte, las dictaduras políticas, que se han generalizado hasta hace poco en todo el continente, caracterizadas por el desprecio de los derechos humanos, han conducido a muchos hombres, y entre ellos a muchos intelectuales al exilio. Especialmente grave es el exilio de intelectuales y personas especializadas, que privan a sus países de una valiosa contribución al desarrollo, como puede serlo la ausencia de médicos especializados, como en el caso de Ghana donde se ha estimado que el 60% de los médicos formados en los años 80 han abandonado el país.

c) El hambre y la sequía diezman poblaciones, y provocan importantes movimientos de población.

Las consecuencias de la inmigración africana son a la vez nefastas y benéficas (Kabunda, M.; 1994) tanto para los países de origen como para los de acogida de los inmigrantes. Para los países africanos la emigración supone una considerable pérdida de mano de obra necesaria para su desarrollo, ya que sobre todo emigra la población en edad activa. Y en el caso especial de la huida de cerebros, esto, como ya hemos señalado, es uno de los elementos que más incide en las situaciones de subdesarrollo, puesto que se estima superior la pérdida de dichos cerebros a la suma total de ayuda pública concedida por el Norte para promover el desarrollo de África.

Como ventajas pueden considerarse el flujo de bienes y dinero que los emigrantes envían a sus familias y países, que contribuyen al desarrollo de dichos países, y a la mejora de vida de los familiares perceptores de estas divisas. Por otra parte, la nueva mentalidad adquirida por los inmigrantes durante su estancia en Europa puede ayudar a transformar ciertas estructuras opues-

tas al progreso y la modernización, pero contando con la necesidad de conciliar valores propios y adquiridos.

Para los países europeos, los inmigrantes africanos constituyen una importante mano de obra, que además se ocupa de trabajos que los nativos rechazan. Pero, sobre todo, señala el profesor Kabunda, que en una Europa en plena crisis de valores, la presencia de los inmigrantes africanos ha de interpretarse como una oportunidad para enriquecer a los europeos con los modos de pensamiento africano, basados en el humanismo, la solidaridad y la hospitalidad. Es decir, es una magnífica oportunidad para el mestizaje.

Pero la inmigración está aumentando en un momento de crisis económica mundial, que también en Europa ha generado paro, bajos sueldos, y reajustes laborales. De tal forma que la *inmigración africana será percibida como una amenaza demográfica, cultural y religiosa*. Y para protegerse se estas supuestas “amenazas”, más imaginarias que reales, los Estados europeos se protegen mediante las leyes de Extranjería, que limitan o controlan la llegada de inmigrantes extranjeros.

Las soluciones frente a la inmigración africana se encuentran en dos tipos de actitudes por parte de los europeos, y que reclaman los africanos. Una, la lucha contra el subdesarrollo, es decir contra la pobreza y el hambre en África, que es la causa principal de la emigración. Y esta ayuda pasa por favorecer un modelo de desarrollo basado en la cultura de desarrollo africana, la condonación de la deuda y el precio justo de las materias primas africanas. Por otra parte, si probablemente hay que seguir contando con la ayuda al desarrollo, no debe mantenerse en la situación de falta de control por parte de la población receptora, como en muchos casos ha ocurrido.

Hoy la cuestión es saber qué hacer. ¿Hay que aceptar la idea de condicionar las relaciones entre Europa y África y la ayuda al desarrollo al desarrollo de la democracia?, ¿hay que permitir la injerencia exterior en los asuntos de cada país, aunque sea en nombre de la injerencia democrática o humanitaria? ¿Habrà que dejar a los países africanos que se las arreglen solos, pensando que si son maduros para la democracia, acabarán por encontrar su propia vía como los demás países que han hecho también su propia experiencia?

La inmigración magrebí en Europa (Dezcallar, J.; 1993) afirma su identidad islámica por razones de defensa cultural en un medio extraño. El problema es que al coincidir con la revolución iraní, el triunfo electoral del FIS en Argelia, etc. esta afirmación cultural es percibida en las sociedades europeas como “una amenaza exterior ligada al terrorismo medio oriental y a la toma de reheres europeos”. De ahí la tentación de crear una barrera comunitaria informatizada frente a las orillas sur y este del Mediterráneo, mientras hacia el Este europeo se dulcifican los controles”. Esta imagen será más o menos cierta, pero lo cierto es que en el Magreb y en el Tercer Mundo en general existe la percepción de que Europa hoy se cierra sobre sí misma. Es la llamada “Europa fortaleza”. Esta percepción de Europa como “fortaleza” se ve reforzada por el establecimiento de un sistema de visados para marroquíes, argelinos y tunecinos por parte de los escasos países de Europa que hasta fines de los años 80 no se los exigían (España los estableció en mayo de 1990).

Los problemas derivan hoy de la diferencia económica entre las riberas norte y sur del Mediterráneo y las enormes disparidades demográficas, que aumentan en lugar de disminuir. Si en 1950 dos tercios de la población del Mediterráneo vivía en su ribera sur, en el año 2025 la situación será exactamente la inversa. Hoy, un español tiene 10 veces más renta que un marroquí, pero un marroquí tiene una tasa de natalidad 3 veces mayor que una española. En estas condiciones, las corrientes migratorias no harán sino aumentar, independientemente de todas las barreras que se establezcan y que lograrán dificultarla pero no impedirarla. Por ello habrá que controlar la emigración y no empeñarse en impedirarla (Dezcallar, J.; 1992).

A fecha 31 de agosto de 1992, vivían en nuestro país, en situación legal plena, 64.903 marroquíes, 220 libios, 3.713 argelinos y 431 tunecinos. De ellos, 45.687 marroquíes, 2.936 argelinos, 205 tunecinos y 13 libios habían legalizado su situación recientemente. No se sabe

cuantos viven en situación irregular. De todas formas, el nº de total de magrebíes en España no debe sobrepasar los 120.000, cifra baja en comparación con los 3 millones que residen en Francia (casi todos argelinos) o, incluso, los 500.000 que viven en Bélgica.

Los inmigrantes legales se enfrentan a problemas similares: bajo nivel de vida, sentimientos de inseguridad y provisionalidad, alto grado de fracaso escolar, abandono de la lengua materna en busca de una más fácil asimilación, falta de apoyo y de interés por, hacia y desde las representaciones diplomáticas de sus países de origen. La situación se complica en caso de inmigrantes ilegales, que añaden a lo anterior una trágica situación de marginación y angustia que les aboca a una vida en el filo de la navaja entre la explotación por un lado y la criminalidad o la prostitución por el otro.

Estos problemas se agravan al coincidir el aumento de la inmigración con la crisis económica que afecta a nuestro país y que a 15 de febrero de 1993 ha hecho ascender el nº de parados al 20,06 de la población activa, lo que coloca a España a la cabeza de la CE en desempleo. En consecuencia, se reduce la capacidad de absorción de inmigrantes, a la vez que proliferan brotes de tipo racista y xenófobo que son aprovechados por grupos políticos de extrema derecha en un fenómeno hoy perceptible en casi todos los países de la Europa comunitaria.

La construcción de Europa, con respecto al hecho migratorio, parece estar realizándose sin establecer una política común de inmigración, sin llevar a cabo un análisis separado sobre la futura situación de los inmigrantes no - comunitarios (Martín Muñoz, G.; 1994). Por el contrario, los organismos puestos en funcionamiento parecen orientarse en el sentido de "no reconocer un espacio norte - sur", a pesar de que las perspectivas demográficas y socio - económicas del Mediterráneo Sur prevén como irremediables los flujos migratorios.

En consecuencia serán diversos los conflictos que se van a plantear en términos de integración, identidad, racismo; es decir, en el ámbito de la protección internacional de los derechos humanos.

Por otro lado, la eclosión del fundamentalismo islámico - como respuesta cultural a una crisis de variado y múltiple origen -, no contribuye a mejorar la imagen del magrebí en nuestras sociedades, desconcertadas ante las noticias que llegan de Túnez y Argelia.

La respuesta a los problemas de la inmigración pasa por un mayor interés hacia un mejor conocimiento del continente africano y de sus gentes, por la solidaridad y la cooperación.

7. COOPERACIÓN

Las realidades africanas, y sus consecuencias exigen un mayor esfuerzo europeo por prestar atención y ayuda a África.

Entre las prioridades de la cooperación se encuentra el *tema educativo*, que es la inversión más rentable en el camino del progreso y la libertad, y en África el 49% de la población (240 millones) es analfabeta. No obstante no hay que olvidar el riesgo de convertir la educación en instrumento de deculturación más que de aculturación (V.V.A.A.; 1983). Otro ámbito que exige una atención prioritaria por parte de Europa es el de la *demografía*. África posee tasas de natalidad desbocadas por razones tanto de tipo cultural como sociológico. Edgar Pisani escribía que el hijo se considera un don del cielo y aumenta la valoración social de la mujer, en la medida en que, en la ausencia de sistemas asistenciales, un elevado número de hijos constituye un seguro para la vejez y una garantía contra la alta mortalidad infantil. La mejora de las condiciones de salubridad y el descenso de las tasas de mortalidad convierten, sin embargo, a las altas tasas de natalidad en un freno al desarrollo económico y un estímulo a la emigración.

A este respecto M^o Bokolo se muestra contrario al control demográfico diciendo: "muchos afirman que es el fenómeno del alto crecimiento demográfico africano el que crea problemas en el continente, y aconsejan a los africanos reducir la natalidad para poder disfrutar del aumento

de los recursos. Este tipo de pensamiento ignora el ambiente social, cultural, afectivo y psicológico en el que se produce esta demografía." Quizás la discrepancia está en el planteamiento. Posiblemente, consiguiendo mayores niveles de vida y de educación, el control de la natalidad sea algo elegido por los propios nativos, y no se vea como impuesto desde postulados occidentales. Hay que recordar cómo el tema ha generado una gran polémica ante la celebración de la Conferencia Mundial sobre Población, celebrada en El Cairo en septiembre de 1994.

– *La autosuficiencia alimentaria* es otro campo que exige nuestra atención especial. Africa produce hoy tan solo el 60% de los cereales que consume y la tendencia indica que este porcentaje descenderá a corto plazo. A lo largo de los años 80 la producción agrícola creció en Africa tan sólo a un 1,3% mientras que la población lo hacía al 3,2%. No falta la tierra, ni la mano de obra: La agricultura ocupa hoy en Africa el 30% de la población y proporciona el 40% de los ingresos por exportaciones del continente. Lo que es necesario es mayor capitalización, introducción de técnicas más modernas de cultivo, mejor aprovechamiento y distribución. En este aspecto, también es M'Bokolo quien alerta sobre uno de los tópicos que más daño ha hecho a Africa, la idea de pensar que Africa es un continente rico.

En íntima conexión con la ayuda europea a Africa se plantea *el problema del respeto de los derechos humanos*. El sustrato filosófico de esta exigencia es que ningún proyecto político es creíble si no va acompañado de respeto a los derechos del hombre y que la cooperación no puede contribuir al mantenimiento de fórmulas dictatoriales o de dominio de unos hombres sobre otros. En relación con este asunto se plantean muchos problemas: desde conciliar escalas de valores muy diferentes, hasta las distintas percepciones de la realidad que derivan de tradiciones y niveles culturales donde el espiritismo y el animismo siguen jugando un papel destacado.

Por Africa corren hoy vientos de esperanza, los profesores Kabunda y Tshimbabe, de la Universidad de Lubumbashi, han escrito que la década de los noventa va a ser la de la perestroika africana. Pero para que este cambio no se frustre, Africa necesitará nuestra ayuda y Europa debe ser generosa en la cooperación que brinde, tanto por solidaridad como por razones egoístas, como que los problemas africanos lleguen a nuestras costas o favorecer el desarrollo de mercados de consumidores.

En esta realidad, existen dos peligros: - por parte africana, creerse con el derecho a recibir ayuda sin hacer nada a cambio; por parte europea, considerarse con derecho a trasladar nuestros modelos teóricos a Africa, sin tener en cuenta ni la realidad ambiental ni el coste social de las recetas que proporcionamos.

Hay que tener siempre presente que la cooperación no es la solución a los problemas de Africa. Son los propios africanos quienes deben crear las condiciones para que se produzca una inversión sostenida en dirección Norte - Sur, lo que implica dotarse de los mecanismos mínimos de seguridad jurídica que definan al Estado de Derecho. Pero también por ello necesitan nuestra colaboración.

Un problema con el que nos enfrentamos es que nuestra capacidad de cooperación es limitada, porque España es un país que aún destina un % pequeño de su PNB a este menester (apenas el 0,12%)⁸ (Dezcallar, J.; 1992). Y es esencial atraer también la atención de la Europa comunitaria hacia el Magreb. Sin embargo, Bruselas está más atenta a la Europa del Este que al Norte de Africa y de hecho gasta en ayuda 3 veces más en su frontera este que en su frontera sur.

⁸ Las movilizaciones que han tenido lugar este mismo año de 1994, en torno a la reivindicación del 0,7% del PNB destinado a la ayuda a los países menos desarrollados, abren un marco de referencia para exigir el cumplimiento de algunas promesas, y para medir cierta sensibilización social, incluso cierta instrumentalización de tales movilizaciones.

Respecto a la cooperación internacional, el papel que debe desempeñar como instrumento de presión a favor de los derechos humanos, es fruto de un intenso debate (Martín Muñoz, G.; 1994), no falto de acciones contradictorias. La dialéctica entre el "realismo" político y la necesidad de aunar democracia con desarrollo socio- económico impregna este debate en gestación, hoy, más que nunca, a la búsqueda de su credibilidad; si bien no se ha de eludir el análisis de cada caso concreto, debe aplicarse a todos los países concernidos y en beneficio de todos los pueblos interesados.

La cooperación puede ser un instrumento positivo - recompensando los avances en el respeto de los derechos humanos-, o negativo - sancionando en caso de violaciones graves-, y las vías de ejecución pueden ser tanto oficiales como no- gubernamentales, pero en todos los casos ha de ir encaminada a lograr el respeto efectivo de los derechos humanos. Así ha de ser asumido tanto por los actores políticos árabes como por las cancillerías occidentales que aspiren a establecer la estabilidad y el desarrollo en el Mediterráneo.

Pero la cooperación también debe afectarnos a nosotros mismos. Cooperar significa obrar juntamente con otros para un mismo fin. Para ello es necesario, no sólo voluntarismo, sino comprensión, que se desprende del conocimiento. Y para ello, una exigencia en la labor de cooperación debe ser la de poner los medios y la atención necesaria para dar a conocer al Otro, su cultura, su música, su pensamiento, sus realidades, sus necesidades, y sus aspiraciones. No puede existir cooperación desde el desconocimiento; y los africanos siguen siendo, para una gran mayoría de españoles, grandes desconocidos.

Esfuerzos en pro de nuestra propia educación y fascinación por lo que desconocemos, incluso egoístamente mirado, colaboran a erradicar actitudes de exclusión generadas por la ignorancia.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, I.
(1993): Una radiografía retocada” en *Racismo y xenofobia. Búsqueda de las raíces*. Madrid, Fundación Rich; pp 111 - 137.
- BROUARD, N.
(1992): “El impacto del SIDA en la demografía africana” en *El Estado del mundo. 1991*. Madrid, Akal; p. 475
- CALVO BUEZAS
(1990): *El racismo que viene*. Madrid, Tecnos.
- CAMPO, S. (Dir.)
(1991): *La opinión pública y la política exterior. Informe INCIPE, 1991*. Madrid, Tecnos- Incipe.
- CORDELIER, S. y LAPAUTRE, C. (Coord.)
(1992): *El estado del mundo, 1991. Anuario económico y geopolítico mundial*. Madrid, Akal; p.472.
- DEZCALLAR, J.
(1992): “Las relaciones España - Magreb”. *Anuario internacional CIDOB*.
- DEZCALLAR, J.
(1993): Una rápida visión de las relaciones hispano- magrebíes” en *Racismo y xenofobia. Búsqueda de las raíces*. Madrid, Fundación Rich, pp. 151 - 173
- DEZCALLAR, J.
(1993): “Africa en 1993. Hacia el optimismo de la voluntad” en *Tiempo de paz*; pp. 58 - 62
- FISAS, V.
(1993): *Ecología y seguridad en el Mediterráneo*. Barcelona, Icaria.
- INIESTA, F.
(1992): En su “Introducción” en *El planeta negro. Aproximación a las culturas africanas*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- JOVER, J.M.
(1986): “La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento” en *Revista de Occidente*, 57; pp. 13 - 42
- KABUNDA BADI, M.
(1993): “El racismo colonial y neocolonial europeo en Africa” en *Racismo y xenofobia*, Op, cit., pp. 175 - 187
- KABUNDA BADI, M.
(1993): En su obra: *La integración africana. Problemas y perspectivas*. Madrid, AECI.
- KABUNDA BADI, M.
(1994): “La inmigración africana” en *Mundo Negro*. Madrid, junio, 1994; pp. 30 - 33
- LÓPEZ GARCÍA, B.
(1993): *España - Magreb. Siglo XXI*. Col. Mapfre, 1992. Además, su conferencia sobre “El Magreb y las migraciones europeas” en las *IIª Jornadas de Estudios Africanos*. Cáceres, Facultad Fª y Letras, marzo.
- LÓPEZ GARCÍA, B.
(1993): “La historia y las raíces de la xenofobia antiárabes en España” en *Racismo y Xenofobia. Búsqueda de las raíces*. Madrid, Fundación Rich; pp. 203 - 220
- M´BOKOLO E.
(1993): Las realidades sociales, políticas y económicas de Africa de hoy” en *Tiempo de paz*, nº 27 - 28; pp. 5 - 10.
- MAHTAR M´BOW, A.
(1987): Director General de la Unesco, en el “Prólogo” al Vol. VII de *Historia General de Africa*. Madrid, Tecnos / Unesco.
- MARTÍN MUÑOZ, G. (Dir.)
(1994): Introducción a la obra *Democracia y Derechos Humanos en el mundo árabe*. Madrid, ICMA.
- DE MIGUEL, A.
(1993): *La sociedad española 1992 - 1993*. Madrid, Alianza.

RANGER, T.O.

(1991): "Resistencia e iniciativas africanas frente a la división y la conquista" en *Historia General de Africa*. Vol. VII. Madrid, Tecnos/ Unesco.

V.V.A.A.

(1983): *La afirmación de la identidad cultural y la formación de la conciencia nacional en el Africa contemporánea*. Barcelona, Serbal /Unesco.